

LAS MARCAS DE MASOTTA

Jornadas en la Facultad de Psicología UBA. Agosto del 2000

NORBERTO RABINOVICH

Participar en estas jornadas para hablar de las marcas de Masotta, donde la amplitud y diversidad en la convocatoria no tiene antecedentes en la Argentina, me emociona.

Masotta fue un adelantado y mucho más que eso, fue un fundador. No me refiero a que fundó la primera institución lacaniana en America, sino a algo de mayor trascendencia: fue el fundador de una escuela de pensamiento en la argentina.

Advirtió tempranamente la inmensa importancia de la obra de Lacan y logró penetrar en ella con sorprendente profundidad. Pero no se convirtió en profesor de esa teoría. Se transformó en maestro y de gran talla. Descubrió un tesoro, se puso a investigar pieza por pieza, mesurar su valía y, a mi juicio, el hecho de mayor importancia, descubrió una manera original, inteligente y eficaz de repartir a otros su riqueza. El movimiento lacaniano en la argentina, le debe a su enseñanza gran parte de la dimensión cultural e histórica que ha llegado a tener.

La enseñanza de Masotta, marcó profundamente a sus discípulos y desde allí, esas huellas siguieron su recorrido en las sucesivas generaciones que vinieron después; lo sepan o no sus portadores. Las marcas de Masotta siguen circulando en el pensamiento lacaniano de nuestro país y más allá de sus fronteras. Por eso la iniciativa de realizar estas jornadas- decisión tomada por nietos o bisnietos de Oscar- no solo para homenajearlo sino también para interrogar esas marcas, puede llegar a ser un evento de gran interés.

Yo estudié varios años con Masotta y esa experiencia dejó profundas huellas en mi posterior recorrido por el psicoanálisis. Fue mi maestro y me reconozco masottiano. Pero no he sido, ni soy, un hijo fiel. Por lo menos en el sentido habitual que se atribuye a la complicada cuestión de la fidelidad al maestro.

No fui fiel cuando se produjo la primera escisión de la EFBA. No lo seguí en esa ocasión, cuando fundó una nueva escuela, la EFA.

Esta decisión me resultó dolorosa. Quería mucho a ese hombre y sentía hacia él una inmensa gratitud, pero con las marcas de Masotta, que ya empezaban a convertirse en mis propias herramientas en el psicoanálisis, llegué a conclusiones diferentes a las que él sostuvo. Elegí ser fiel a las marcas masottianas que me habitaban y no al deseo de Oscar.

El tema del debate había girado en torno al problema de la nominación del psicoanalista- cuestión que fue causa de la gran mayoría de quiebres a lo largo de la historia de las instituciones psicoanalíticas - y hablar de las nominaciones en la concepción de Lacan es hablar del final del análisis. Ni más ni menos que una problemática que pone en evidencia las diferencias entre Freud y Lacan. La raíz freudiana en el pensamiento de Lacan es evidente, pero el problema surge cuando se no se articulan correctamente las diferencias que introdujo Lacan en la teoría y por consiguiente las consecuencias prácticas que se derivan de ellas.

Voy a detenerme en este punto para dedicarme a interrogar las marcas de Masotta en el terreno de su comprensión de la teoría analítica en el seno de la relación Freud-Lacan.

A mi entender, la enseñanza de Oscar estaba comprometida en demostrar que la doctrina freudiana había encontrado sus verdaderos fundamentos teóricos en la lógica desarrollada por Lacan. Esto es cierto, pero Oscar no advirtió plenamente la torsión, incluso la “reversión” de los fundamentos, que Lacan había introducido. Porque Lacan puso, según una conocida expresión suya, el psicoanálisis freudiano “patas para arriba”. En cierto modo, Oscar forzó los conceptos lacanianos a fin de fundir en un todo coherente dos teorizaciones diferentes del campo freudiano. Este impasse tuvo y sigue teniendo importantes consecuencias en nuestro medio. Subsistirán en la medida que no puedan ser suficientemente interrogadas.

Considero que el mejor tributo a Masotta se logra leyendo y promoviendo la lectura, la interrogación y el debate de sus textos, que en la exaltación de su

persona. Intentaré, por ello, hacer una breve puntuación de los aspectos claves de la enseñanza de Oscar que, a mi juicio, debieran ser revisados.

En su reconstrucción del edificio freudiano, Oscar partió ubicando su piedra fundamental. Afirmó que “el fundamento del fundamento de la teoría analítica es el falo.” Esta afirmación, implica una toma de partido en las diferencias existentes entre Freud y Lacan, ya que, como dije antes, este último invirtió los fundamentos de la teoría freudiana. ¿De que lado que esta afirmación?

El falo, al que se refería Oscar, el falo imaginario, φ en la notación de Lacan, no es primero sino segundo en relación a lo que constituye su causa, la cosa de goce perdida, *Das ding* o el “a” como tradujo Lacan. Dado que la subjetividad se estructura en el registro del significante, la cosa queda afuera, en lo real. Digo en lo real situado en la estructura del sujeto, por esa causa dividido. El deseo es deseo de recuperar esa cosa de goce ausente siendo el objeto fálico un sustituto imaginario de aquel. El falo le da cuerpo y consistencia al objeto perdido en la dialéctica del deseo. Pero hay entre “a” y φ una radical heterogeneidad. El “a”, es de lo real y constituye el fundamento del falo imaginario. En la estructuración del sujeto, el goce perdido- determinante de la castración primaria- es la causa para que el falo pueda desempeñar su función de tapón del agujero.

Esta precisión no es sin importancia, diría que la manera de comprender esta relación decide el modo de comprender la teoría.

Freud no dejó de reconocer la decisiva importancia del *Das ding*, pero para él no figuraba como un operador del sujeto sino algo externo al sujeto. En cambio, en Lacan, el “a” siendo de lo real y estar localizado afuera del significante, es parte del sujeto mismo, “la pata real del sujeto”. Algo que tiene la consistencia de un agujero producido en la superficie topológica del significante. Se subjetiva como ausencia y al mismo tiempo localiza algo real, el referente último del goce y la causa del deseo.

Oscar no utilizó bien esta distinción y eso se puede constatar en su explicación de la estructura edípica. Veamos.

Partiendo de la primacía del falo, Oscar reconstruyó la primera fase del Edipo en torno a la función del falo. El falo, en verdad, no es el fundamento de la estructura del sujeto, sino que es el fundamento de la estructura narcisista del sujeto e instrumento lógico en la aspiración a la re-uniión sexual entre la madre y el hijo.

“Si en la doctrina el concepto de narcisismo quiere decir algo, tiene que comenzar por significar entonces esta relación cerrada entre dos deseos (deseo de la madre y deseo del hijo) del que el falo es el objeto de intercambio.”

Estas palabras de Oscar plantean claramente la función del falo en la constitución narcisista del sujeto. Lo que no agregé, a fin de explicar esta primera fase, es que el narcisismo y sus aspiraciones son solo una mitad del sujeto y que hay otra mitad, digamos, las aspiraciones de la pulsión. Sin hacer esta aclaración el objeto de la pulsión quedaría en perfecta continuidad con el objeto fálico y no habría razón para la existencia del conflicto y la división del sujeto. El axioma dualista freudiano quedaría diluido.

Entonces pregunto ¿la satisfacción buscada por la pulsión participa de este deseo de reunión mediado por el falo?

“La pulsión es siempre parcial” nos recuerda Oscar y esto quiere decir que no se satisface en la completud unificante sino “más allá”, con la cosa de goce desprendida del todo y caída en lo real. En este sentido, la pulsión se realiza a contramano de las pretensiones fálico-narcisistas del deseo, como dice Lacan, la pulsión se satisface por fuera del fin sexual. El objeto del goce es “a-sexual” y el goce pulsional repite un corte traumático. Por eso, para Lacan, el falo comanda la libido sexual pero la pulsión es pulsión de muerte, es decir, tiende a repetir la castración primera.

Como pueden observar, las piezas del rompecabezas teórico se arman de distinta manera según donde se ubique el fundamento. Si el fundamento primero queda del lado del “a”, la madre no es el objeto primordial de goce. El objeto primordial es precisamente lo que “no es” el Otro primordial. Tampoco es el falo imaginario que ella demanda al niño. El goce, en tanto tal, aislado teóricamente a partir del Seminario XVII como “plus de goce”, no se lo encuentra en la escena donde se

busca la fusión; dicho de otra manera, está irreductiblemente excluido de la célula narcisista. En el registro pulsional, en cambio, la recuperación del goce perdido se produce como “reencuentro con lo real”, algo que necesariamente resulta traumático a la estructura narcisista. Las satisfacciones narcisistas, por el contrario, aportan al yo la feliz ilusión de completud.

El segundo punto relevante que quería mencionar se refiere a la salida del Edipo, porque aquí también encontramos el mismo problema.

En “Introducción a la lectura de Lacan”, Oscar plantea...

¿Cómo se sale de esa relación originaria (narcisismo-madre fálica) hecha con la estofa ambigua de la inmortalidad y de la muerte? Se sabe la respuesta de Freud: la posibilidad de la perennidad del deseo depende de la prohibición: a saber, del padre.”

“El padre entra entonces en el triangulo como función de corte: doble prohibición, como dice Lacan.”

Si leen con atención, podrán advertir que en el texto están puestas como equivalentes dos operaciones diferentes: la “prohibición” del incesto que es del orden del mandato, y el corte, que es producción efectiva de una hiancia a nivel de la célula narcisista. Ambas puestas bajo el rubro de la prohibición. Fue Freud quien entendió que la prohibición del incesto era el resorte decisivo de la función paterna, pero Lacan en cambio ubicó ese resorte a nivel de la castración, que no es lo mismo. Oscar funde una y otra vez los dos conceptos en uno. Dijo, por ejemplo, como lo hizo Freud anteriormente, que el varón renuncia a sus deseos incestuosos porque teme el castigo castratorio del padre prohibidor. El resultado es que el niño, al salir del Edipo, incorpora esa prohibición a nivel del superyó. Todo parece indicar que quien prohíbe al mismo tiempo castra. Pero la contradicción surge de inmediato, dado que, como también recalca Oscar, la función central del superyó radica es ser una coraza defensiva del sujeto contra la castración y un garante de su narcisismo. ¿Puede ser un mismo referente el agente de la castración y el garante de la renegación de la castración? Algo no funciona bien en esta comprensión teórica.

Como dije antes, Lacan distingue netamente el padre agente de la prohibición y el padre agente de la castración. Este último, entre otros nombres fue llamado "padre real". Es el verdadero oficiante del corte de la castración.

¿Qué significa que haya un padre real responsable de la castración, llamada simbólica? Como no dispongo de tiempo solo voy a comentar brevemente una cita de Lacan para indicar una clave bastante ignorada de esta función.

En el Seminario IV de Lacan, pag.213, dice así:

"El final del Edipo es correlativo de la instauración de la ley como reprimida en el inconciente, pero permanente."

No se trata de algún pasaje perdido o mal transcripto. A la salida del complejo de Edipo el sujeto se lleva el padre introyectado. ¿Dónde? En el inconciente. Es decir que la ley queda instalada en el campo de lo reprimido. Esto no significa que el sujeto no se lleve puesto también al superyó. Por supuesto que sí, pero lo reprimido y la conciencia moral no se dan la mano, tienen un valor diametralmente opuesto. En sus clases Oscar insistía muchísimo en que el superyó constituye un refugio frente a la castración. Pero no esta articulada la función del padre reprimido, que no es una imagen, ni una demanda sino un significante en lo real, dice Lacan. Este significante "incognoscible" es el verdadero sostén de la castración. Es el punto sobre el cual Lacan centró su discurso al revisar la cuestión del padre en el Edipo y el punto que más conflictos desencadenó en el seno de la comunidad analítica. Lo llamó inicialmente "Significante del Nombre del Padre". Yo diría que este significante primordial, al que también denominó significante Falo (Φ) es el fundamento de la estructura del sujeto, siendo entonces el objeto "a", el fundamento del fundamento.

La función que le atribuyó Lacan al significante paterno reprimido es la de sostener un límite al goce fálico-narcisista e incestuoso y no una barrera al goce pulsional. Por el contrario, en tanto reprimido, el padre real localiza un goce que está del mismo lado que la pulsión. Es el Uno que no cesa de escribir la castración con letras de goce y retorna, insiste, se repite ... en el síntoma.

En cuanto al superyó, queda como representante de la ley del deseo del Otro, elevado a la dignidad de mandamiento moral. En tanto tal, se alinea en el registro fálico del deseo y la estructura narcisista del sujeto.

Como pueden constatar, en esta lectura de Lacan que estoy proponiendo, los conceptos y las funciones que le son adscriptas, quedan ordenados de distinto modo al que propuso Oscar.

Por supuesto estas puntuaciones son parciales, escuetas, simplificadas y no pretendo de ellas, sino que sirvan para interrogar una versión del psicoanálisis lacaniano muy consolidada y que, en la actualidad, sigue circulando de modos diferentes.